

# Algunas reflexiones sobre los límites del olkoumene en el Imperio Romano\*

María José HIDALGO DE LA VEGA

Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología  
Universidad de Salamanca  
psique@usal.es

## RESUMEN

Este artículo trata de reflexionar sobre el Imperio Romano como una forma de mundialización anterior a la globalización contemporánea. El análisis de esta forma de hegemonía puede ayudar a entender mejor nuestro presente.

**Palabras clave:** Ecumenismo, Imperio Romano, globalización, hegemonía.

## ABSTRACT

This paper reflects on the Roman Empire as pattern of a world-wided politycal system former to the contemporary globalization. The analysis of this hegemonic order can help to understand rather our present.

**Key Words:** Ecumenism, Roman Empire, globalization, hegemony.

El debate actual sobre la globalización contemporánea en la que estamos inmersos a todos los niveles me ha impulsado a escribir unas reflexiones sobre formas anteriores de mundialización, como la del Imperio Romano, que puedan servir para comprender mejor la de nuestro presente y adoptar, a partir de aquéllas, posiciones más críticas y convenientes sobre este fenómeno reciente. La recreación de aquel proceso histórico de la Antigüedad ofrece una oportunidad para reflexionar sobre las sociedades modernas.

Es importante, pues, analizar el concepto desde una perspectiva histórica y resaltar en qué medida el estudio del legado político greco-romano puede aportar alguna contribución al debate presente. Así, considero que el análisis y el conocimiento de procesos históricos pasados pueden ayudarnos a comprender mejor nuestro presente y podemos desarrollar claves adecuadas para encarar los elementos más negativos del mismo, y rearmarnos ideológicamente para esta confrontación.

Sabemos que es en nuestra época contemporánea cuando por primera vez en la historia de la humanidad, se considera a la tierra como un planeta grande, poderoso y frágil al mismo tiempo, en el que conviven seres humanos de todas las etnias,

---

<sup>1</sup> (Este artículo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación BHA 2003-01936, del que soy la investigadora principal.

culturas, lenguas y religiones. Ello es debido a los espectaculares progresos que en este siglo se han producido en los ámbitos de los saberes científicos, geográficos, tecnológicos e industriales que han hecho posible que se produzca un cambio significativo en la concepción global del hombre y de la humanidad. De forma que la globalización del presente como cosmogonía es algo único y la preservación de la vida depende de una correcta política de preservación del mismo planeta desde una perspectiva ecológica. Al mismo tiempo, estamos asentados en la sociedad de las comunicaciones y de la información, de manera que se ha producido una interrelación y comunicación global de todo el mundo; pero la propia mundialización genera problemas complejos y contradicciones nuevas que, si no se intentan solucionar o, al menos, suavizar los elementos más negativos, pueden generar grandes conflictos, no sólo políticos sino militares incluidos los peligros de un ataque nuclear. Desde una perspectiva económica, la internacionalización de la producción, del comercio y de los mercados monetarios es cada vez más pujante hasta el punto de que los estados nacionales, a su pesar, han perdido mucho de su margen de poder en la organización y planificación de estas cuestiones. Este proyecto globalizador está basado en la fusión del poder económico y el poder político, del mercado y la fuerza. Al mismo tiempo, se produce en un escenario en el que se visualiza una situación en la que todo el género humano que viva bajo los límites, hegemonía o influencia de esta globalización comercia junta, y constituye un único mercado.

Pero esta aparente realidad oculta una serie de fenómenos negativos a nivel interno, como es un desarrollo progresivo de las diferencias entre ricos y pobres. Se observa además un repliegue social, cultural y político. Repliegue social relacionado directamente con la propia mundialización neoliberal que desestabiliza el nivel económico de las clases medias en todo el mundo, incluidos los EEUU, y aboga por una privatización de los vínculos sociales hasta conseguir la más cruel individualización que se exhibe, por ejemplo, en la sociedad estadounidense. Este repliegue se detecta también en su relación con otros pueblos y sociedades que quedan fuera del modelo, y no sólo son demonizados sino que no se les permite las más mínimas posibilidades de conseguir un desarrollo autónomo y digno en sus valores culturales y materiales. Todo ello es la expresión de una involución en las mentalidades, al rechazar todo aquello que aparezca como contracultura, multiculturalismo, mestizaje o cosmopolitismo, que eran los valores culturales de una sociedad progresista frente a la concepción más medice de un fundamentalismo identitario.

A pesar de ello, existen culturas alternativas que hacen grandes esfuerzos por resistir y avanzar en sus propuestas frente a la fagocitosis de la cultura globalizadora impuesta desde Estados Unidos. Este tema es el eje central del libro colectivo *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*, coordinado por Peter Berger y Samuel Huntington, Barcelona, 2002. Es un ejemplo de resistencia por parte de culturas autónomas frente a la estrategia geopolítica desarrollada por los Estados Unidos, definida certeramente por Josep Ramoneda<sup>1</sup>, como “americanizar el mundo sin mundializar América”.

---

<sup>1</sup> *El País*, 13 febrero de 2003.

En todas las mundializaciones históricas se observa que, a pesar de los problemas internos graves existentes y de incluso los peligros y realidades de los separatismos y disgregaciones, existen en ellos un eje conductor basado en su vocación de eternidad histórica. En el caso de Roma, la *aeternitas Imperii Romani*, de la que posteriormente hablaremos más detenidamente, en un quiebro histórico e historiográfico la podemos relacionar con lo que hoy en día se intenta expresar en la perversa frase de Fukuyama “el fin de la historia”, en la que únicamente se manifiesta un apoyo desmedido y excesivamente complaciente del orden social, político y económico dominante hasta el punto de ser el único posible y el que debe ser extendido y asumido por todas las sociedades existentes. Fernando Braudel subraya que la mundialización capitalista moldeaba el espacio político-geográfico alrededor de un centro, de una ciudad, sede de un organismo tan potente y activo como la Bolsa, y que gracias a los avances de la tecnología de la comunicación, se produce una relación entre este centro con todas las periferias en un orden jerárquico: Amberes, Amsterdam, Londres, Nueva York, son ejemplos ilustrativos dados por el autor. Jacques Le Goff prefiere poner el acento en la importancia de ciertos espacios y estados económicos-políticos. Cita para la Antigüedad a la Roma mediterránea, para la Edad Media hasta el siglo XV resalta a Europa, y para el presente a Estados Unidos.

De las mundializaciones históricas anteriores voy a reflexionar brevemente y desde mi perspectiva historiográfica sobre la del Imperio Romano, que es presentada por los propios romanos como una construcción política que abarcaba todo el mundo habitado, *oikouménē*, sobre el que ejercía una dominación total. Aunque los romanos evidentemente no tenían las mismas urgencias ni nociones de pensamientos que les exigieran pensar ni actuar globalmente desde la contingencia actual, sin embargo, en muchas de sus concepciones políticas e ideológicas se pueden rastrear elementos que están contenidos en la moderna concepción de la globalización. En este sentido, los romanos eran conscientes de que querían establecer ese imperio mundial, que se presentaba como gobierno de la ecuméne y que ahora podemos llamar sin pudor mundialización o globalización, aun siendo conscientes de las grandes diferencias entre ese pasado y nuestro presente <sup>2</sup>. En este sentido, basta leer a Polibio <sup>3</sup> (*Pref.* I 3.3-4; 4.1-2 y los libros III y VI) en sus pasajes sobre la preeminencia de Roma frente a las hegemonías pasadas y su concepción del universalismo, en el que se erige como algo completamente actual el proceso de creciente interdependencia de todos los pueblos y naciones, sometidos a la suprema autoridad del estado romano. Evidentemente su afirmación tiene un acento político más que geográfico.

---

<sup>2</sup> De carácter general ver J. Kaerst, *Die Antike Idee der Oikoumene*, Leipzig, 1903. Más concreto y actual se puede ver Guido Schepens, “Between Utopianism and Hegemony. Some reflections on the Limits of Political Ecumenism in the Graeco-Roman World”, en *L'Ecumenismo politico nella coscienza dell'Occidente*, Luciana Aigner Foresti-Alberto Barzanò-Cinzia Bearzot-Luisa Prandi-Giuseppe Zecchini, eds., Vol. II, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1998, pp. 117-148.

<sup>3</sup> P. Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, París, 1964, pp. 119, 497, 509; F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford at Clarendon Press, 1970, pp. 40-43, 48-49, 51-52, 72-73, 191-192, 360; J. Fontana Lázaro, “Lectura de Polibio por y para un profano”, en *Homenaje a Marcelo Vigil*, María José Hidalgo, ed., Salamanca, 1989, pp. 291-301.

En el concepto de ecumenismo político antiguo está implícito una serie de temas y aspectos de gran complejidad como la unidad de la humanidad en el pensamiento antiguo, la idea de desarrollo, progreso y evolución; pero también es un concepto que implica conquista de territorios, pueblos y sociedades, además de establecer actitudes complejas y contradictorias con los bárbaros conquistados y no conquistados, relaciones interestatales, etc<sup>4</sup>. Implica dominio, hegemonía, formas de gobiernos autocráticos y autoritarios, exclusión, discriminación y demonización de las diversas formas de alteridades y sus manifestaciones.

Soy consciente del riesgo que presenta reflexionar sobre una problemática tan compleja, en la que se entrelazan aspectos semánticos, lingüísticos, políticos, sociales, económicos e ideológicos en un breve artículo, por ello, tan sólo voy a pretender resaltar algunas cuestiones que puedan ser útil para el debate contemporáneo. Una vez hecha estas consideraciones, voy a intentar analizar las aportaciones que Roma hizo a esa ecumene que ella dominó durante tantos siglos y las limitaciones e incapacidades de sus propia política romanizadora e integradora, no ya con los bárbaros limítrofes, a los que fue incapaz de integrar en el espacio y sistema romanos de forma armónica y civilizada, y que finalmente se organizaron y, en su propio y autónomo proceso de desarrollo invadieron los territorios romanos, entraron en los núcleos de poder y se sublevaron contra él, aprovechando además las propias contradicciones internas y conflictos que el sistema Imperial romano había desarrollado internamente. Las limitaciones en su política de integración también se expresan en el desarrollo interno del Imperio y en relación con pueblos tan altamente culturizados y romanizados como fueron los griegos.

Los textos que celebran y elogian el Imperio Romano como un estado universal, que extiende su dominio y hegemonía por todo el mundo (*orbis terrarum*), ofreciendo una patria común para todo el género humano, son muy numerosos y surgen tempranamente, en época de Augusto<sup>5</sup>. Si tomamos como modelo de referencia su propio testamento, las *Res Gestae*, se observa que en la primera frase ya se expresa el carácter ecuménico de su monarquía: *Rerum gestarum divi Augusti, quibus orbem terra(rum) imperio populi Romani subieci*. Esta misión de conquistar y dominar, pero también de pacificar y organizar el mundo entero viene legitimada por la voluntad divina, que es la que asigna a Roma esta empresa. Así lo expresa Virgilio (*En. VI*, 851) en esta frase: *Tu regere imperio populos, Romane, memento*. Roma imperial tiene en sus manos el destino del género humano por voluntad divina. A pesar de

---

<sup>4</sup> H.C. Baldry, *The Unity of Mankind in Greek Thought*, Cambridge, 1965; I. Kajanto (ed.), *Equality and Inequality of Man in Ancient Thought*, Helsinki, 1984; M. Schofield, *The Stoic Idea of the City*, Cambridge, 1991; H.A. Khan (ed.), *The Birth of the European Identity: The Europe-Asia Contrast in Greek Thought 490-322 b.C.*, Nottingham, 1994; Y. A. Dauge, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et la civilisation*, Bruxelles, 1981; Lellia Cracco Ruggini, "Culture in dialogo: la preistoria dell'idea di Europa", en *Storia di Roma*, vol. 3, A. Momigliano- A.Schiavone, (Eds.), Einaudi, Turín, 1993, pp. 351-368.

<sup>5</sup> *Rhet. Ad Herenium*, IV. 13: *Imperium orbis terrarum, cui imperio omnes gentes reges nationes...consenserunt*; Pli., *Hist. Nat.*, III, 40: *Italia una cunctarum gentium in toto orbe patria*; Virg. *Aen.* I 278 ss y los demás poetas augustéos.

ello, Augusto, aunque propagaba en su texto testamentario que había sometido el mundo al Imperio Romano, aconsejó a Tiberio, según Tácito, un precepto clave que era “no salir de las fronteras del Imperio”, *consilium coercendi intra terminos imperii*, mensaje que es recogido por Edward Gibbon al comienzo del primer volumen de su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, publicada en 1778. En estos pasajes el autor señala que los imperios sólo duran en la medida en que sus gobernantes tienen cuidado de no extender excesivamente sus fronteras. En este sentido, parece que Estados Unidos sigue fiel a esa idea de Imperio, que domina el mundo pero no se instala de manera definitiva fuera de su territorio. Actúa pero regresa a sus límites, una vez que ha impuesto “su orden” en la zona de conflicto. El error mayor del sistema imperial romano fue confundir el poder mundial con la dominación mundial. Este mismo error lo observamos actualmente en Estados Unidos que, al igual que Roma, puede ser que tenga el primero pero no el segundo. La justificación de esta actitud se basa en la defensa de las libertades como corresponde a un “Imperio humanitario”, según expresión de Michael Ignatieff<sup>6</sup>, que tanto nos evoca el “Imperio humanístico”, según expresión de S. Mazzarino, referido al Imperio Romano en el siglo II d.C., cuando llegó a su máximo esplendor.

Nunca hasta este momento se habían confundido las nociones del imperio romano y del imperio universal, a pesar de que J. Gagé<sup>7</sup> afirmase que el concepto de imperio universal es congénito al de imperio romano como régimen político, y que de Roma nos ha llegado el término *imperium* con su doble acepción, política y territorial. Proceso y concepto que hunden sus raíces en los círculos aristocráticos cercanos al estoicismo en época de Escipión Emiliano, que consideraban como misión histórica de Roma el lograr la unificación política de la comunidad de hombres “racionales”<sup>8</sup>, con lo que se justificaba su política de conquista. Los grandes jefes militares posteriores continuaron por el mismo sendero marcado y fueron considerados, bien “dueño del mundo”, en el caso de Sila a su regreso de Oriente, o bien *kosmókrator*, en el caso de Pompeyo a raíz de sus triunfos en el 61 a.C., en una representación realizada en el Campo de Marte, sosteniendo el globo terráqueo, símbolo de dominio universal, o bien en el caso de César, pensando sólo en el ecumenismo durante las campañas contra los partos, y al que el Senado le dedicó una estatua en el Capitolio, representado en su carro triunfal sobre una imagen de bronce de la ecumene<sup>9</sup>. Pero no será hasta Augusto cuando se lleve a efecto la realidad de la mundialización de manera consolidada y relacionada con la *pax Augusti* y con el nacimiento de una nueva Roma y de una nueva era. La fundación de este Imperio como régimen político, en algunos aspectos, pretendía ser el heredero del imperio alejandrino y continuador de su programa civilizador y conquistador, aceptando

<sup>6</sup> *El País*, 8 febrero de 2003.

<sup>7</sup> *Rev. Hist.*, 177, (1936), pp. 34 ss.

<sup>8</sup> J. Kaerst, “Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat”, *Neue Jahrbücher für Wiss. Und Jugendbild*, V, 1929, pp. 653-675; H. H. Scullard, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Thames and Hudson, Bristol, 1970, pp. 208-238.

<sup>9</sup> P. Arnaud, “L’image du globe dans le monde romain”, *MEFRA*, (1984), pp. 53-116; M. Le Glay, *Grandeza y caída del imperio romano*, Madrid, 2002, p. 92.

la helenización cultural para facilitar que el bárbaro quisiera integrarse en las estructuras del Imperio romano.

A pesar de esta utilización universalista del concepto de *oikouménē*, sabemos que la extensión geográfica del Imperio romano no se adecuaba a estas referencias literarias y conceptuales referidas al *orbis terrarum*, y que los romanos tuvieron que establecer límites fronterizos fuertemente fortificados para evitar y defenderse de las *externae gentes*, el *barbaricum*, rechazado por Roma por no ser de matriz greco-romana, considerándolo despectivamente como rústico, inadecuado y “bárbaro”. Es la *inhumanitas* frente a la *humanitas*, como cultura de elite o civilización. Los entresijos de este término están muy bien expresados en la descripción que hace Plinio del paisaje de Italia: “Una tierra que es nutridora y madre de todas las tierras, elegida por la providencia de los dioses para llevar a cabo lo más glorioso, unir imperios, moderar los ritos, atraer hacia sí en mutua comprensión por la comunidad de lenguaje las lenguas trepidantes y toscas de muchas naciones, ofrecer a la humanidad *humanitas*, y en una palabra llegar a ser a lo ancho de todo el mundo el simple padre de todos los pueblos” (*H.N.* III, 5.39). Roma se erige así en la potencia universal civilizadora del mundo, sobre el que extiende su *humanitas*, ocultando lo que no es más que una dominación política, ideológica y lingüística en el marco del mismo imperialismo romano, y soslayando que fuera de este *limes* quedaban pueblos extranjeros no sometidos a la acción dominadora romana, que mantienen sus lenguas y sus formas de vida culturales y tecnológicas, y que en el transcurso de los siglos muchos de ellos cruzarán las fronteras para instalarse en territorios romanos como inmigrantes autorizados y muchos se enrolaban en las tropas imperiales. Finalmente las invasiones de los pueblos bárbaros conseguirán ver reconocida su posición dentro del Imperio, a raíz de las victorias sobre Roma, facilitadas por las propias divisiones y luchas internas en el seno de la sociedad imperial, más graves que el conflicto de las *externae gentes*<sup>10</sup>.

A pesar de esta evidencia, reconocida por los propios romanos en sus textos,<sup>11</sup> además de Plinio, Estrabón inscribe su *Geografía* en una visión universalista, que recogía perfectamente el ideal universal augusteo. Es muy expresivo el pasaje en que dice:

“La escena de nuestras acciones viene determinada por la tierra y el mar que habitamos;...a grandes acciones, grande escena; siendo la mayor de todas la escena total que llamamos propiamente mundo habitado (*oikouménē*), de modo que ésta sería la escena de las acciones más grandiosas; los mejores jefes de guerra son, en consecuencia, los que ejercen su poder en la tierra y en el mar, congregando pueblos y ciudades en un solo imperio, gobernado por las mismas estructuras políticas” (I, 1, 16).

Por su parte, Floro (*Pref.* 2, 7; I 18.1; 47.1) considera que la historia del pueblo romano coincide con la de la humanidad y que Augusto pacificó *totum orbem*. A

<sup>10</sup> J. Fontana, *Europa ante el espejo*, Barcelona, 1994, p. 23.

<sup>11</sup> G. Woolf, “World-Systems Analysis and the Roman Empire”, *JRA* 3 (1990), pp. 44-58; C. R. Whitaker, “Le frontiere imperiali”, en *Storia di Roma*, cit., vol. 3., pp. 369-425; E. Lo Cascio, “Impero e confini nell’età di Principato”, en *L’Ecumenismo politico*, cit., pp. 333-348.

pesar de ello, reconoce y es consciente de que pueblos extranjeros vivían más allá de los territorios que Roma dominaba directamente (II 30, los germanos; II 34, los partos), con lo que parece aceptar la existencia de dos espacios diferentes, aunque el deseo imperial es de conquistar todo y conseguir un Imperio que no tenga límites, como es la declaración ilusoria que se expresa también en los *Panegíricos Latinos* del s. IV d. C., confundiendo realidad y deseo<sup>12</sup>. Esta idea de Imperio sin límites impide a los romanos reconocer que existe una frontera y será un tema clave en la *propagatio imperii* y la *dominatio gentium barbarorum*, y continuará incluso hasta la época del rey ostrogodo Teodorico, que será aclamado como “*propagator Romani nominis*”, en las inscripciones imperiales. En las monedas este símbolo universalista se expresaba por medio de un globo terráqueo o bien celeste, como expresión del cosmos en su totalidad<sup>13</sup>. Tan sólo Trogo Pompeyo, inspirado quizás por Timágenes, habla específicamente y claramente del Imperio Parto, como estado oriental que coexiste con el Imperio romano (Justino XLI 1.1), rompiendo así con la ambigüedad y el romanocentrismo de autores como Estrabón (XI 9.2, 515c; XVII 3.24-25, 840c, contra VI 4.2228c) y tantos otros.

Por un lado, estas ideas e interpretaciones tienen su justificación y explicación en el hecho de que para los romanos el concepto de frontera era sólo una línea administrativa y militar para defenderse de los pueblos del exterior, pero no contenía categorías jurídicas establecidas por ambas partes de forma igualitaria. Por ello, los romanos siempre considerarán que tienen el derecho de ejercer el poder en todos los territorios, que dominan universalmente. A este imperio universal, basado en el dominio del mundo, le corresponde una concepción del tiempo planteado y concebido en términos de “eternidad” del estado romano (Liv., 7.6), que rompa con la concepción biológico-cíclica del tiempo histórico republicano, soslayando la idea de decadencia pero también de progreso, y que se instale en el dominio del tiempo, de forma que al imperio universal le corresponde el imperio eterno. Augusto funda así la *aeternitas* de Roma tan bien expresada por boca de Júpiter, profeta del nacimiento de la nueva Roma y de su destino eterno, en el pasaje de la *Eneida* de Virgilio:

“Rómulo, saciado de la leche bajo el rubio manto de su nodriza la loba, prolongará la raza de Eneas, fundará la ciudad de Marte y llamará a los romanos por su nombre. No pongo límites ni a su poderío ni a su duración, les he dado un imperio ilimitado” (I. 274-278).

De esta forma, la *aeternitas* de Roma se convertirá en uno de los temas preferidos de la propaganda oficial y será un tema recurrente desde Augusto en adelante en todas las manifestaciones culturales, religiosas, iconográficas y constructivas. Precisamente será en el s. II, en época de Adriano, cuando nos encontremos con la más grandiosa expresión de este concepto representada en la magnífica construc-

<sup>12</sup> Guido Schepkens, *op. cit.*, p. 131; Cl. Nicolet, *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, Paris, 1988

<sup>13</sup> G. Aujac, “L'image du globe terrestre dans la Grèce ancienne”, *Rev. Hist. Sc.*, (1974), p. 193; Cl. Nicolet, *op. cit.*, pp. 50 ss.

ción del templo de Venus en Roma, en la parte sur del Foro. Fue dedicado a conmemorar el aniversario de la fundación de la *Urbs*, asociando de manera novedosa la eternidad del emperador con la *aeternitas* de Roma e incorporándola a una nueva *aurea aetas*<sup>14</sup>. De manera similar ocurre con algunas acuñaciones de la época cuya iconografía expresa estos conceptos. Así, Roma como capital del imperio y centro del poder se convierte en “Ciudad Eterna” y así era considerada en su época. Este siglo II d. C, es el siglo de la *felicitas imperii*, época de mayor apogeo del Imperio, regido por un emperador considerado como *cosmócrator*, y cuyo poder universal y divino se representa en la misma construcción del Panteón del Campo de Marte, edificio de gran significado ideológico y constructivo<sup>15</sup>.

Por otro lado, los elementos que explican y justifican estas contradicciones entre la realidad y la concepción teórica son diversos y se relacionan, tanto con un modo de propaganda y de un programa de acción política como con unas formas retóricas que exaltan el concepto de *oikouménē* de manera hiperbólica, exigencia propia de los tratados de la retórica al uso. Todo ello forma parte evidentemente de un substrato cultural más amplio propio del helenismo irisado con los elementos inherentes a una monarquía con vocación universalista, ejercida a través de un proceso de asimilación e integración de todos los pueblos a las estructuras organizativas romanas, y cuyo nivel más elevado de integración se produjo en época de los antoninos, donde el consenso y la integración de todos los territorios del imperio llegó al máximo nivel, consolidándose firmemente entre los habitantes del Imperio una conciencia clara de pertenencia a un estado frente a los pueblos del exterior. Este proceso de desarrollo económico y social y de gran apogeo e integración intercultural, que dio pie a que este siglo fuese considerado el de mayor estabilidad y nominado como “imperio humanístico”, citado anteriormente, determinó que se consolidara una conciencia de distinción entre los pueblos que estaban dentro de las fronteras del Imperio y los que estaban fuera<sup>16</sup>, hasta el punto de trasladar el eje de la línea divisoria griegos-romanos/bárbaros a romanos/no romanos.

Es sabido que la Roma imperial nunca llegó a unificar en un todo las economías provinciales, pero sí creó una red de relaciones entre ellas como nunca había existido anteriormente. Desde esta perspectiva, como afirma Aldo Schiavone<sup>17</sup>, las clases dirigentes del imperio con el emperador como cabeza visible de la unificación política lograron construir la primera “economía-mundo” de nuestra historia, como consecuencia eficaz y exitosa de la romanización, pero también de una helenización que tuvo como logro la *koiné* cultural, aun con sus limitaciones<sup>18</sup>. En este

<sup>14</sup> M. Le Glay, *op. cit.*, p. 14.

<sup>15</sup> H. Stierlin, *Hadrien et l'architecture romaine*, París, 1984.

<sup>16</sup> Guido Shepens, *op. cit.*, p. 140.

<sup>17</sup> *La storia spezzata. Roma antica e Occidente moderno*, Roma-Bari, 1996, p. 199.

<sup>18</sup> G. Woolf, “Becoming Roman, Staying Greek; Culture, Identity and the Civilizing Process in the Roman East”, *PCPhS*, 40, (1994), pp. 116-143; M.<sup>a</sup> J. Hidalgo de la Vega, “La teoría monarchica e il culto imperiale” en *I Greci. Storia, cultura, arte, società*, vol. 2. III, S. Settis et alii, eds., Roma-Bari, pp. 1015-1058; Id., “Identidad griega y poder romano en el Alto Imperio: Frontera en los espacios culturales e ideológicos”, en *Fronteras e Identidad en el Mundo Griego Antiguo*, P. López Barja-S. Reboreda, eds., Universidad de Santiago y Universidad de Vigo, 2001, pp. 139-156.

modelo de economía mundial el emperador se erigía como artífice y regidor del mundo, imagen que se había construido por medio del *consensus universorum* establecido por Augusto y que con los Antoninos desembocará en el universalismo imperial tan bien explicado por autores de la época.

Posiblemente uno de los mejores intelectuales que supo reflejar estas ideas fue Elio Arístides, griego del s. II, nacido y educado en Misia, en Asia Menor, representante de la Segunda Sofística, en 144 d.C. pronunció en Roma, en el Ateneo, ante la corte imperial su discurso *Elogio de Roma*, que lo haría famoso para la posteridad. En este texto expresa la grandiosidad del Imperio Romano, la armonía de su administración, la sumisión de todos a la autoridad del emperador, garante del bienestar universal, y en el que Roma es visionada como una cosmópolis, y compara al Imperio con la *oikouménē*, como estado mundial altamente desarrollado, culturizado, próspero y homogéneo. Arístides era conocedor de la doctrina que circulaba entre sus coetáneos sobre la misión universal de Roma e intenta hacer un razonamiento sobre la misma, al presentar la conquista romana y el Imperio como una obra de transformación completa del ambiente y de la vida social de todo el género humano. Es como una envoltura de naturaleza humanizada que produce placer a la vida de los hombres en aquellos aspectos en los que antes sólo tenían dificultades y rigores. La observación y reflexión de esta realidad impulsó al autor a dar su visión sobre ese destino que tenía encomendado Roma con el consenso divino, para que fuese entendido por los propios protagonistas del mismo y estuviesen orgullosos de su misma historia. Pero será más expresivo dar la palabra al mismo Arístides, cuando escribe:

“En este momento, los límites alcanzados por el Imperio en su estado actual son tales que es imposible medir el espacio que abarca... No hay nada que se os escape, ninguna ciudad, ninguna población, ningún puerto, ninguna región, menos quizás lo que os parecería carente de valor... Siendo tan grande y tan importante por su tamaño, el Imperio es aun mucho más grande por su perfección que por los territorios que comprende..., así toda la ecuméne unida canta con mayor perfección que un coro, rogando conjuntamente para que este Imperio perdure por toda la eternidad” (28-30).

Posteriormente explica que gracias a la actuación de Roma se han producido cambios en las condiciones civiles y políticas a nivel mundial, debido a la difusión universal de un esquema de organización racional e uniforme, que conseguía integrar en el mismo a los conquistadores y a los conquistados:

“Después de haber dividido en dos partes a todos aquellos que están en el Imperio- y al decir esto me refiero a toda la ecuméne-, por una parte a todo aquel que fuese muy elegante, linajudo y poderoso en cualquier parte, lo hicisteis ciudadano y vuestro congénere, mientras que el resto quedó como súbdito y gobernado..... Todo está abierto para todos. Nadie que sea digno de una magistratura o de confianza es extranjero, sino que se estableció una democracia común a la tierra bajo el dominio de un solo hombre, el mejor gobernante y regidor: todos se reúnen aquí como si fuera en el ágora común, cada uno para procurarse lo debido. Lo que una ciudad es para sus propias fronteras, eso es esta ciudad para toda la ecuméne, como si se presentase como el núcleo urbano común a todo el territorio” (59-61).

A continuación el autor intenta elaborar una teoría política sobre el mejor régimen aludiendo a la monarquía romana y asimilándola a una verdadera democracia<sup>19</sup>, referida a la extensión de ciudadanía, y quedando subsumida y superada la antigua división griegos/bárbaros propia del pensamiento griego (Paltón, *Político* 262d-e)<sup>20</sup>, que Aristides sustituye por romanos y no romanos (64). En la relación con los bárbaros destaca la certeza de su comportamiento, ya que educan a los mismos de acuerdo con la naturaleza propia de cada uno de ellos “mansa o severamente”, después de analizar sus naturalezas, y guiándolos según las mismas (96). Esta constitución (*basileía*) ha hecho posible “una única armonía que engloba a todos”, diferenciando tan sólo a los que son dignos de gobernar, por los aspectos anteriormente reseñados, y los que debían ser gobernados por su bien. De esta constitución monárquica destaca el mejor hombre que está al frente de “la más perfecta monarquía”, gobernando bajo la justicia y la ley (107), ya que, dirigiéndose a los romanos, Aristides dice: “Sois los únicos gobernantes por naturaleza” y “preparasteis todo lo que a ello concernía de la mejor manera, descubristeis una constitución como la que nunca nadie antes había establecido, y prescribisteis leyes divinas y una posición para cada uno a la que no se puede renunciar” (91). El resultado de todo ello es un Imperio concebido como un espacio idílico en que “las ciudades relucen con brillo y encanto, y toda la tierra está engalanada como un jardín”, hasta el punto de que “aquellos que viven fuera de vuestra hegemonía, si es que hay alguien, sólo son merecedores de compasión por haber sido privados de tales bienes” (99).

Este pensamiento teórico tiene su representación metafórica en una cosmología jupiteriana por la que se legitima ideológicamente y que contribuye a la creación de un consenso en torno a ella en el imaginario colectivo no sólo de los romanos, sino fundamentalmente de los griegos<sup>21</sup>:

“Sencillamente, como dicen los poetas, antes del imperio de Zeus todo estaba repleto de discordia, confusión y desorden, pero cuando Zeus alcanzó el imperio, todo fue puesto en orden... Así también, teniendo en cuenta lo que ocurría antes de vuestro dominio y lo que ocurre ahora bajo él, se podría creer que antes de vuestro Imperio la confusión reinaba de norte a sur y que el azar era el guía, pero que, cuando vosotros os pusisteis al mando, los desórdenes y las disensiones cesaron, y el orden total y una luz brillante se apoderaron de la vida y del régimen político, las leyes se hicieron visibles, y los altares de los dioses recibieron la fe de los hombres.. Pero ahora una universal y manifiesta garantía ante todos los peligros se ha otorgado a todos... Y me parece que los hombres han descubierto todos los medios para dejar de sufrir males y para ser bien gobernados, y que los dioses, ...en su benevolencia

<sup>19</sup> Esta asimilación tiene una función de propaganda política, y otros autores griegos, como Plutarco y Dión de Prusa, la utilizan para definir el gobierno del buen *basileús*, frente al gobierno tiránico del mal emperador, ejemplificado en Domiciano.

<sup>20</sup> J. L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme*, Roma, 1988 p. 46

<sup>21</sup> M.ª J. Hidalgo de la Vega, *El intelectual, la Realeza y el poder político en el Imperio Romano*, Salamanca, 1995, Cap. II, pp.47-152; Id., “La teoría monarchica...”, pp. 1032-1051; Id., “La *paideia* griega, iniciación a la Realeza. Los *Peri basileias* de Dión de Prusa”, *SHHA*, vol. 22, 2004, pp. 71-90.

dirigen bien el Imperio junto con vosotros, y han confirmado vuestra posesión del mismo: Zeus, porque cuidáis bien de su bella obra, según se dice, la ecuméne..." (103-105).

Termina el discurso invocando a los dioses para que permitan que el Imperio Romano florezca por toda la eternidad y que "el gran gobernante y sus hijos se mantengan sanos y salvos y presidan los bienes para todos" (109), en clara referencia a Antonino Pío y sus hijos adoptivos, Marco Aurelio y Lucio Vero.

¿Es esta época de los emperadores antoninos a la que hace referencia Elio Arístides, la época de oro anunciada desde Augusto?. Es la época, desde luego, de mayor bienestar social y económico, de una gran estabilidad política basada en la *adoptio* como sistema de sucesión dinástica, de una racionalidad que hundía sus raíces en la filosofía política estoica de ascendencia polibiana, pero reelaborada por los análisis teóricos más actuales de Dión de Prusa y de Plutarco. La visión idealizada y fascinante que nos proporciona Arístides era compartida por sus coetáneos y respondía a una realidad histórica objetivamente real, como podemos comprobar por toda la documentación disponible. También la misma interpretación es compartida por historiadores de la talla de E. Gibbon, Rostovzev y Walbank que consideraron este periodo como el de más alto grado de modernidad. Los antoninos habían logrado integrar progresivamente a las elites cultas de las ciudades, tanto de la *pars orientis* como de la *pars occidentis*, en un sistema de poder mundial y hegemónico del que todos se sentían partícipes, hasta el punto de quedar superada la distinción originaria entre vencedores y vencidos, sustituida gradualmente por una diferencia de clases sociales, más allá de cualquier referencia étnica o geográfica<sup>22</sup>. Pero además, Roma es la protectora del helenismo<sup>23</sup>, como dice el autor en un intento de hacerles entender a sus congéneres el grado de libertad y de revalorización que como griegos habían conseguido con el Imperio antonino:

"Pasáis la vida cuidando de los griegos como se hace con los ayos, extendiendo por encima las manos y levantando a quienes yacen muertos, dejando ir como libres y autónomos a los mejores de ellos y a los que en otro tiempo fueron sus caudillos, pero guiando a los restantes con comedimiento y con mucha consideración y prudencia" (96).

A pesar de todo ello, no hay que olvidar que este proceso de integración, realizado por medio de diversas formas de consenso entre los sectores dominantes ítalo-romanos y provinciales, no pierde su función de instrumento de control. Pero, incluso en este marco globalizado, los pueblos se aferran a sus señas de identidad

<sup>22</sup> P. Desideri, "La romanizzazione dell' Impero", en *Storia di Roma, cit.*, vol. II, pp. 577; M.<sup>a</sup> J. Hidalgo de la Vega, *El Intelectual...* pp. 22 s.

<sup>23</sup> M.<sup>a</sup> J. Hidalgo de la Vega, "Roma protectora del helenismo. El poder de la identidad", en *IV Reunión de historiadores del mundo griego antiguo. La construcción ideológica de la ciudadanía: Identidades culturales y sociedad*, Universidad Complutense de Madrid, 15-17 noviembre 2004 (en prensa).

como fuente de sentido en sus vidas; de forma que el poder de la identidad no desaparece, sino que incluso en momentos determinados puede reforzarse.

Esta misma tendencia se produce en nuestro presente y en nuestro país. Al mismo tiempo que vivimos la globalización se constata una reacción inversa inducida por movimientos “identitarios” inherentes a nuestra historia y, como expresa Sami Nair<sup>24</sup>, todo ello se desarrolla a través de un seudomodernismo, un modernismo regresivo, que toma el aspecto de la diferenciación identitaria, de la apología del origen y del “comunitarismo” particularista que lo acompaña. En nuestro país un estudio de M. Castell<sup>25</sup> ha revelado que un porcentaje elevado (64%) de la población considera su referencia identitaria más su región o nacionalidad que el Estado-nación y la propia Europa. Incluso el autor ha constatado por medio de estudios sociológicos sobre la sociedad catalana que los sentimientos de identificación colectiva son menos difundidos que los de identificación familiar o personal, especialmente entre los jóvenes. Esta ideología regresiva se ha desarrollado con mayor facilidad porque la globalización económica, al provocar la desestabilización del Estado nacional, produce la perturbación de la identidad social y la aparición de nuevas formas de pertenencia. Sólo la búsqueda de una identidad compartida, que no sea producto de la naturaleza sino de la voluntad, permitirá alcanzar valores comunes a través de la construcción voluntaria de una identidad común como objetivo universalista de lo humano.

En el horizonte de este proceso de una identidad compartida, me interesa destacar a modo de reflexión del pasado para nuestro presente los propios límites de la romanización incluso en pueblos tan altamente integrados como los griegos, que a lo largo de todo este periodo de dominación romana hicieron lo posible e imposible por mantener su identidad “nacional” como griegos. Podríamos decir que en esta época la “identidad griega” tiende a configurarse como “conciencia intelectual” a través de unas formas de expresión renovada, que recoge y reelabora toda una tradición cultural republicana y augustéa basada en personajes como Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio y otros, a los que se une toda la tradición cultural griega de época clásica y helenística en las que la identidad griega estaba basada en la autonomía política de la *polis*, que era la estructura básica organizativa en cuyo marco se pudo desarrollar la misma<sup>26</sup>. El proceso fue tan importante que influirá de forma significativa sobre el conquistador hasta el punto de que Grecia pasa de ser conquistada a ser integradora de la romanidad del Mediterráneo, parafraseando el famoso verso de Horacio (*Epist.* 2.1. 156-157: *Graecia capta ferum victorem cepit et artes/ intulit agresti Latio*) que resumía espléndidamente este fenómeno y que culminó en la llamada *koiné* cultural, incluso con sus limitaciones y tensiones. Sin embargo, el dominio político romano impedirá que el proceso pueda visualizarse desde una perspectiva helenocéntrica, a pesar de que en ese modelo cultural la referencia por

---

<sup>24</sup> “El desafío mestizo”, *El País*, 4 de enero 2005.

<sup>25</sup> M. Castells, “El poder de la identidad”, *El País*, 18 de febrero 2003.

<sup>26</sup> P. Desideri, “La romanizzazione dell’ Impero”, en *Storia di Roma, cit.*, vol. II, pp. 577; M.<sup>a</sup> J. Hidalgo de la Vega, *El Intelectual*..... pp. 22 s.

excelencia era la *paideia* griega<sup>27</sup>. Así la lengua griega se convirtió, por mediación romana, en el vehículo de comunicación internacional y, al mismo tiempo, se erige como garantía de sobrevivencia de un pueblo, de una cultura y de su identidad. También fue el instrumento privilegiado para la formación de un consenso político y social, y a su vez de ocultación de una realidad histórica más conflictiva. Pero mientras que intelectuales romanos como Apuleyo, Adriano, Marco Aurelio y otros eran bilingües, los griegos nunca dejaron de usar su lengua como señas de identidad y como resistencia implícita al dominio romano.

Por este camino los griegos aceptaron que los romanos eran un pueblo paralelo, ni griego, pero tampoco bárbaro (*alienigenae* y *barbari* que incluía a los romanos: Liv. 31, 29, 12), que se había familiarizado con la cultura y educación helénica, consiguiendo que su alteridad fuese menos marcada. Es decir, los romanos se habían helenizados y en este proceso fue redefiniendo su propia identidad como conquistadores<sup>28</sup>. Pero el helenismo, en cuanto reafirmación de la identidad griega entre los griegos, presentaba también una dimensión política que podía ser utilizada por sus mentores griegos como una resistencia y reacción a Roma desde la mirada griega, por la pérdida de la libertad política tan preciada tradicionalmente y por la recuperación de la memoria histórica de un pasado glorioso, aunque de imposible existencia en el presente. Así autores como Plutarco, Dión de Prusa, Luciano, Elio Arístides y Filóstrato, en el marco de sus propios intereses literarios, mantendrán un objetivo común al utilizar una lengua griega culta (dialecto ático) como instrumento de su identidad, pero además el uso del pasado que cultivan tendrá la finalidad de reconstruir una continuidad histórica de aquel pasado libre de época clásica con el presente de sometimiento al vencedor romano. Aquel pasado les había sido arrebatado y anulado por los romanos para justificar su dominio sobre ellos. Si se neutralizaba el recuerdo del grado de civilización que los griegos habían conseguido en ese pasado glorioso, sólo quedaba la decadencia, la *stasis* y la crisis de aquel complejo y conflictivo proceso del presente en el que las ciudades griegas de los ss.IV y III luchaban unas con otras y eran utilizadas por las grandes potencias de la época en defensa de sus intereses. Así a Roma le era más fácil justificar su presencia en ese escenario internacional, presentándose como salvadora de las ciudades griegas. Pero también estos intelectuales griegos, que a su vez son muy romanos, no sólo tratan de escribir sobre el pasado cultural griego sino que se implican en la política

<sup>27</sup> P. Zanker, *La maschera di Socrate. L'immagine dell' intellettuale nell' arte antica*, Biblioteca di Storia dell' arte 29, Torino 1997; D. Plácido, "Graecia capta, Integradora de la romanidad", *SHHA*, VIII, Salamanca, (1990), pp. 97-107; S. Swain, *Hellenism and Empire*, Clarendon Press, Oxford, 1996, pp. 17-43; P. Desideri, "Questioni di identità greca nell' impero romano", *Mediterraneo Antico. Economie, società, culture*, I, 1, (1998), pp. 15-18; M. J. Hidalgo, *El intelectual...*, pp. 20-35; Id., "La teoría monarchica...", pp. 1015-1058; Id., "Identidad griega...", pp. 139-156; Id., "la *paideia* griega...", pp. 71-90; Id., "Roma protectora del helenismo" (en prensa).

<sup>28</sup> J.L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme*, Roma 1988; P. Veyne, "L' Hellenisation de Rome et la problématique des acculturations", *Diogene*, CVI (1979), pp. 3-29; P. Desideri, "L' impero bilingüe e il paralelismo Greci/Romani", en *I Greci. cit.*, pp. 919-924; A. Wallace-Hadrill, "Vivere alla greca per essere Romani", en *I Greci. cit.*, pp. 939 ss; T. Hölscher, "Römische nobiles und hellenistische Herrscher", en *Akten des XIII Internationalen Kongresses für klassische Archäologie*, (Berlin 1988), Mainz 1990, pp. 73-84.

concreta de las ciudades y se erigen en consejeros de los emperadores, y elaboran un discurso político-ideológico, en el límite de la conflictividad, que servirá de apoyo y de crítica al poder imperial. Este, en definitiva, será el proceso por medio del cual llegarán a construir ambos pueblos una identidad común, una vez que cada pueblo se haya reconocido en el otro con todas sus ventajas y limitaciones.

Estas reflexiones sobre el modelo de mundialización que ejemplificó el Imperio Romano pueden ayudar a entender la necesidad de elaborar y propagar un pensamiento crítico del modelo de globalización contemporánea, por el que se establezcan mecanismos para domesticar la mundialización, junto con la creación de instituciones internacionales que sirvan de contrapeso a las tendencias monopolistas y de grandes concentraciones de la riqueza. Es necesario un rearme ideológico con los valores de progreso como bandera y una renovación en el pensamiento de la izquierda, que proponga alternativas creíbles a la lógica de la fuerza en la que estamos instalados y colabore a la creación de un orden internacional, de una mundialización, basada en el consenso de los países y no en la ley del más fuerte. Un orden internacional que asegure el bienestar de la mayoría de las mujeres y hombres del planeta, y no sólo de los grupos dominantes en sus diversas manifestaciones, al tiempo que defienda la riqueza de la diversidad cultural y étnica, alejando de sí el miedo al “bárbaro” en su versión actual. No vayamos a ser tan necios al repetir los excesos romanos construyendo un *limes* para evitar que el “enemigo externo” se instale en nuestro territorio. Inútil misión ya probada en tantas épocas históricas y cuyos efectos siempre fueron negativos. El pacto, los acuerdos, el consenso son los requisitos básicos para la Europa futura y el nuevo orden internacional.

## BIBLIOGRAFIA

- ARNAUD, P., “L’ image du globe dans le monde romain”, *MEFRA*, (1984), pp. 53-116.
- AUJAC, G., “L’ image du globe terrestre dans la Grèce ancienne”, *Rev. Hist. Sc.*, (1974), p. 193.
- BALDRY, H. C., *The Unity of Mankind in Greek Thought*, Cambridge, 1965.
- BERGER, P. - SAMUEL HUNTINGTON (coord.), “Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo”, coordinado por Peter Berger y Samuel Huntington, Barcelona, 2002.
- CASTELLS, M., “El poder de la identidad”, *El País*, 18 de febrero de 2003.
- CRACCO RUGGINI, LELLIA, “Culture in dialogo: la preistoria dell’ idea di Europa”, en *Storia di Roma*, vol. 3, A. MOMIGLIANO - A. SCHIAVONE (eds.), Einaudi, Turín, 1993, pp. 351-368.
- DAUGE, Y. A., *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et la civilisation*, Bruxelles, 1981.
- DESIDERI, P., “La romanizzazione dell’ Impero”, en *Storia di Roma, L’ Impero Mediterraneo*. A. MAMIGLIANO-A. SCHIAVONE (eds.), Torino, 1990, vol. 2, pp. 577-628.
- “L’ impero bilingüe e il paralelismo Greci/Romani”, en *I Greci. Storia, cultura, arte, società*, vol. 2. III. S. Settis et aléi (eds.), Roma-Bari, pp. 919-924.
- “Questioni di identità greca nell’ impero romano”, *Mediterraneo Antico. Economie, società, culture*, I, 1, (1998), pp. 10-28.

- FERRARY, J. L., *Philhellénisme et impérialisme*, Roma, 1988.
- FONTANA LÁZARO, J., “Lectura de Polibio por y para un profano”, en *Homenaje a Marcelo Vigil*, María José Hidalgo, ed., Salamanca, 1989, pp. 291-301.
- *Europa ante el espejo*, Barcelona, 1994.
- M.<sup>a</sup> J. HIDALGO DE LA VEGA, *El intelectual, La Realeza y el poder político en el Imperio Romano*, Ediciones Universidad, Salamanca, 1995.
- “La teoría monárquica e il culto imperiale” en *I Greci. Storia, cultura, arte, società*, vol. 2. III, S. Settis et alii, (eds.), Roma-Bari, pp. 1015-1058.
- “Identidad griega y poder romano en el Alto Imperio: Frontera en los espacios culturales e ideológicos”, en *Fronteras e Identidad en el Mundo Griego Antiguo*, P. López Barja-S. Reboreda, (eds.), Universidad de Santiago y Universidad de Vigo, 2001, pp. 139-156.
- “La *paideia* griega, iniciación a la Realeza. Los *Perí basileias* de Dión de Prusa”, *SHHA*, vol. 22, 2004, pp.
- “Roma protectora del helenismo. El poder de la identidad”, en *IV Reunión de historiadores del mundo griego antiguo. La construcción ideológica de la ciudadanía: Identidades culturales y sociedad*, Universidad Complutense de Madrid, 15-17 noviembre 2004 (en prensa).
- HÖLSCHER, T., “Römische nobiles und hellenistische Herrscher”, en *Akten des XIII Internationalen Kongresses für klassische Archäologie*, (Berlin 1988), Mainz 1990, pp. 73-84.
- KAERST, J., *Die Antike Idee der Oikoumene*, Leipzig, 1903.
- “Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat”, *Neue Jahrbücher für Wiss. Und Jugendbild*, V, 1929, pp. 653-675.
- KAJANTO, I. (ed.), *Equality and Inequality of Man in Ancient Thought*, Helsinki, 1984.
- KHAN, H. A. (ed.), *The Birth of the European Identity: The Europe-Asia Contrast in Greek Thought 490-322 b.C.*, Nottingham, 1994.
- LE GLAY, M., *La storia spezzata. Roma antica e Occidente moderno*, Roma-Bari, 1996.
- LO CASCIO, E., “Impero e confini nell’età di Principato”, en *L’Ecumenismo politico, nella coscienza dell’Occidente*, Luciana Aignet Foresti-Alberto Barzanò-Cinzia Bearzot-Luisa Prandi-Giuseppe Zecchini (eds.), vol. II, Roma, 1998, pp. 333-348.
- NICOLET, CL., *L’inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l’Empire romain*, Paris, 1988.
- PÉDECH, P., *La Méthode historique de Polybe*, París, 1964.
- PLÁCIDO, D., “*Graecia capta*, Integradora de la romanidad”, *SHHA*, VIII, Salamanca (1990), pp. 97-107.
- RAMONEDA, J., *El País*, 13 febrero de 2003.
- SCHEPENS, G., “Between Utopianism and Hegemony. Some reflections on the Limits of Political Ecumenism in the Graeco-Roman World”, en *L’Ecumenismo politico nella coscienza dell’Occidente*, Luciana Aigner Foresti-Alberto Barzanò-Cinzia Bearzot-Luisa Prandi-Giuseppe Zecchini (eds.), Vol. II, L’Erma di Bretschneider, Roma, 1998, pp. 117-148.
- SCHOFIELD, M., *The Stoic Idea of the City*, Cambridge, 1991
- SCULLARD, H. H., *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Thames and Hudson, Bristol, 1970, pp. 208-238.
- STIERLIN, H., *Hadrien et l’architecture romaine*, París, 1984.
- SWAIN, S., *Hellenism and Empire*, Clarendon Press, Oxford, 1996.
- VEYNE, P., “L’Hellénisation de Rome et la problématique des acculturations”, *Diògene*, CVI (1979), pp. 3-29.
- WALBANK, F., *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford at Clarendon Press, 1970.

- WALLACE-HADRILL, A., “Vivere alla greca per essere Romani”, en *I Greci, cit.*, pp. 939-964.
- WHITTAKER, C. R., “Le frontiere imperiali”, en *Storia di Roma, cit.*, vol. 3., pp. 369-425.
- WOOLF, G., “World-Systems Analysis and the Roman Empire”, *JRA* 3 (1990), pp. 44-58.
- “Becoming Roman, Staying Greek; Culture, Identity and the Civilizing Process in the Roman East”, *PCPhS*, 40, (1994), pp. 116-143.
- ZANKER, P., *La maschera di Socrate. L'immagine dell' intellettuale nell' arte antica*, Biblioteca di Storia dell' arte 29, Torino 1997.